



Muere a los 76 años Félix Grande, el gran poeta y flamencólogo

► Director de «Cuadernos hispanoamericanos» de 1983 a 1996, será enterrado en Tomelloso

JUAN ÁNGEL JURISTO
 MADRID

La muerte de Félix Grande, poeta y flamencólogo, a los 76 años, después de sufrir un cáncer de páncreas, tiñó ayer de luto el mundo de la cultura. El escritor será enterrado hoy en Tomelloso, que ha decretado dos días de luto. Era el presidente de la Asociación Colegial de Escritores, cargo que le gustaba y desde el que luchó por que los escritores tuvieran por lo menos la dignidad otorgada a cualquier autónomo. Félix fue siempre hombre de combate, poeta que quería ser de gesto público, aunque escribía desde la más absoluta privacidad.

Félix nació en Mérida por avatares relacionados con la Guerra Civil, pero su lugar, su paisaje, fue siempre Tomelloso, vivió en esta ciudad manchega desde los dos hasta los veinte años, y conformó el imaginario de su infancia y juventud, que es cuando se configuran destinos futuros y recursos a la memoria. No en vano su poesía reunida se titula «Biografía», y su último libro de poemas, «Libro de familia».

Raíz de su biografía

Nieto de cabrero, Félix conoció de primera mano el goce de ciertas sensaciones ligadas al campo, pero también los dramas y la sordidez y la opacidad de la miseria y la represión ciega y brutal. Esa quiebra, ese cruce de sensaciones, fue en cierto modo el motor de su rebeldía, también aquel que le hizo cambiar una pasión por otra cuando dejó la guitarra de flamenco para dedicarse a la literatura. La guitarra se convirtió en objeto de estudio, entonces, y Félix Grande se convirtió en uno de los flamencólogos más importantes de nuestro país, pasión en la que dejó impronta de cátedra y que le llevó a discusiones graciosas con otros poetas de raigambre andaluza de los de toda la vida, como José Manuel Caballero Bonald.

Félix Grande, lo dijo siempre, fue deudor de los ejemplos de César Vallejo y de Antonio Machado, pero su poesía es un tanto inclasificable, ya que, poeta tardío en publicaciones, editó su poemario «Las piedras», premio Adonais, en 1964, cuando se abrían camino los novísimos y los poetas del cincuenta habían casi ya cumplido su misión. Félix siempre se movió a su manera y ese primer libro, publicado entre dos formas de entender la poesía, nos habla bien a las claras de que su adscripción fue más bien la del pájaro solitario, aunque en su faceta pú-



Félix Grande en una imagen reciente

Obra selecta

Poesía

Las piedras (1963). **Blanco spirituals (1967).** **Las rubaiyatas de Horacio Martín (1978).** **Biografía (2010).** **Libro de familia (2011).**

Prosa

Decepción (1994). **El marido de Alicia (1995).** **La balada del abuelo Palancas (2003).** **Memoria del Flamenco (1976).** **Agenda flamenca (1985).** **García Lorca y el flamenco. (1992).** **Paco de Lucía y Camarón de la Isla (1998)**

blica fuese hombre proclive a la amistad y la solidaridad.

«Las rubaiyatas de Horacio Martín», por el que recibió el Premio Nacional de Poesía, ha sido sin duda su gran libro. Aquí muestra cómo la deuda con Vallejo, con Machado y con Pessoa puede dar lugar a una poesía inspirada

pero de corte radicalmente personal. Pero Félix, aparte de poeta, fue hombre de variadas actividades, lo que probablemente hizo que su obra no se agrandase demasiado. Luego publicó, después de muchos años, «La cabellera de la Shoah» y «Libro de familia», y así, conviene destacar su labor entre 1983 y 1996, como director de «Cuadernos Hispanoamericanos», después de haber trabajado durante muchos años junto a Luis Rosales, uno de sus grandes amigos y referentes.

Además de los numerosos escritores que ayer pasaron por la capilla ardiente instalada en Madrid, el poeta recibió el homenaje del ministro de Educación y Cultura, José Ignacio Wert, que declaró: «Con la marcha de Félix, nos ha dejado un poeta del alma, de palabra precisa, un hombre que amó el flamenco y lo difundió para el gran público como el gran arte que es».

Félix Grande era sentencioso, porque era manchego, nieto de cabreros y hombre de memoria de campo, y era un excelente amigo, un hombre cercano. Ahora recordamos a Félix, pero también a Paca Aguirre, su viuda, poeta, y a Guadalupe, su hija, poeta. «Libro de familia». No pudo titularlo mejor.

Su juramento a Sevilla

ANÁLISIS

ALBERTO GARCÍA REYES



Con esa solemnidad de patricio romano de Mérida, blanca su sien y negra su voz, Félix contaba una y otra vez que puso su guitarra para siempre encima del ropero cuando escuchó a Paco el de Algeciras, el niño de Luzía, una portuguesa a la que el poeta le conoció los pucheros en aquella conquista de los pucheros en aquella conquista de los madriles en la que se mezclaron, en simbiosis crucial, los flamencos y los escritores de provincias. Andaban por allí Caballero Bonald y José María Velázquez-Gaztelu buscando en las tertulias literarias de postín las soleares que ya había encontrado Rafael Montesinos. Y sin querer, mientras el Lebrijano le clavaba las puntillas a sus galeras y Camarón engarzaba sus canasteras, fueron ganando premios nacionales en la fragua donde se amartilló una generación poética de autores jondos. Cantaores de versos. Escritores que, aunque se empeñaran en decir que habían arrumbado sus guitarras sobre los armarios, todo lo escribieron a golpe de bordonazos.

Conoció a Félix Grande por el oído. Recitando aquella tragedia de la «Persecución» de los gitanos que exclamó Juan Peña el de Lebrija. «Es como muerte civil / dijo Miguel de Cervantes, / mejor nombre a esa condena / no pudo ponerle nadie. / Varios monarcas ordenan / a jueces y tribunales / que manden a los gitanos / a las galeras reales». Luego lo trató en la zozobra de muchas noches largas. Él viajaba a Sevilla preguntándonos por ella a los sevillanos. Decía que no se atrevía a escribirle nada a esta ciudad porque le arrebatara las palabras. Y solía repetir que en las letras anónimas del flamenco estaba no sólo la gran literatura andaluza, sino la Edad de Oro de las letras españolas. Por eso huyó todo lo que pudo de las estrofas del cante, aunque no siempre pudo escapar de ellas. Sin embargo, sin darse cuenta, una vez plumeó una frase sobre la solapa de un pequeño libro, antología de cuatro relatos de amor antiguos, titulado «Té con pastas», que decía esto: «Porque una promesa es una promesa y en Sevilla es como un juramento». No quiso escribirle nada y se lo dijo todo. Sevilla, la ciudad de los poetas que le enseñaron a leer y de los cantaores que le enseñaron a escribir, fue para Félix Grande un eterno juramento. Como aquel que hizo con su guitarra el día en que escuchó a Paco de Lucía por rondañas para empezar a escribir, con arpegios, su «Memoria del flamenco». Yo hago memoria de su juramento en esta muerte civil de su escritura acogíndome a este verso: Un himno libre cantaba la garganta de los mares.